TERAPIAS POSTMODERNAS

Aportaciones construccionistas

Gilberto Limón Arce



Si las personas son textos

Kenneth J. Gergen. Swarthmore College

Dara aquellos interesados en los problemas del entendimiento huma-T no, en años recientes la metáfora de las personas como textos ha sido ampliamente difundida. Para las ciencias psicológicas, ésta ha sido una aportación particularmente bienvenida en lo que concierne a nuestras herramientas de comprensión. Aproximadamente entre los años 1930 y 1960, la principal corriente de la psicología estaba encantada con la posibilidad de ver en los humanos formas algo más complejas que un animal de laboratorio. Trabajar con ratas, perros y palomas había sido simplemente un ejercicio preliminar para obtener el control de los estímulos sobre la acción humana.1 La imagen del animal de laboratorio, forzado y previsible, condujo en gran parte a la construcción de laboratorios destinados para la investigación de la conducta humana. Esta metáfora del animal de laboratorio dio origen posteriormente a aquella de la máquina. La mente, era (y es) creído, opera como si fuera una máquina compleja que responde de maneras sistemáticas a los estímulos del ambiente, de la misma manera que un motor responde a los estímulos de la gasolina, del aceite y del agua. Actualmente, la metáfora de la mente como máquina es utilizada en las ciencias cognitivas. La mente se ha convertido en una forma de computadora (ni siquiera en una particularmente buena) y ahora es la tarea del científico entender tanto las funciones de su software como las del hardware. Las teorías cognitivas del déficit humano (como depresión, estrés y demás) deben mucho de su poder retórico a la dominante metáfora de la mente como computadora.

¹ Para un manejo más amplio acerca de esta metáfora en la teoría psicológica, véase Gergen 1994.

Dentro de este contexto, la metáfora emergida recientemente de la persona como texto se basa en contrastes más frescos y marcados. Así pues, la metáfora parece restaurar aquella dignidad del ser humano que se perdió, en gran parte, en el momento en que fue considerado simplemente un animal, o algo similar a una máquina. Los textos son, después de todo, artefactos humanos estéticamente presentados y colocados en la cumbre del desarrollo humano. Incluso, la visión del texto sugiere que bajo el exterior humano yace un conjunto de impulsos ricamente elaborados, sutilmente diseñados y fundamentalmente apasionados. De este modo, el estudio de la acción humana mantiene la promesa de una odisea fascinante en una tierra extranjera, donde las sorpresas son posibles en cualquier momento y desde donde uno puede regresar restablecido no solamente del tema en cuestión, sino acerca de uno mismo, si no es que de la humanidad entera. Si las personas son textos, indagar dentro de la acción humana se convierte entonces en una búsqueda honorable e intrigante dentro de lo desconocido.

Adicionalmente, para aquéllos dentro del dominio clínico, el concepto de las personas como textos les ha permitido vincular sus actividades con los avances de la filosofía de las ciencias sociales en general y con el estudio hermenéutico en particular. Desde el intento del siglo XIX de separar la Geisteswissenschaften de la Naturwissenschaften, los pensadores han buscado la manera de diferenciar los métodos del entendimiento de la acción humana de aquellos del entendimiento de los eventos naturales. El método Verstehen de Dilthey fue quizás el candidato más convincente de la era temprana. Sin embargo, la viabilidad del concepto sufrió bajo el peso combinado de la filosofía empirista de la ciencia y el movimiento conductista en la psicología. El desarrollo posterior de las pruebas psicológicas y la aparición de trabajos como Actuarial versus clinical prediction de Meehl nos hizo pensar que el intento clínico de investigar las profundidades de la experiencia humana pronto daría lugar a la tecnología. Los intentos por explicar un proceso único de la comprensión de la acción humana se volvieron en gran parte moribundos.

En años recientes, sin embargo, tanto la metateoría empirista como la orientación conductual se han marchitado.² Muchos filósofos de la ciencia social han regresado a la tarea de entender la comprensión humana. A partir de este trabajo, la conclusión más aceptada que hasta ahora haya sido formulada es que la acción humana no puede ser entendida sin referencia en sus intenciones subyacentes. Sin reparar en la exactitud y sofisticación de las medidas utilizadas por uno, las observaciones carecen de sentido o interés hasta que son vinculadas con las intenciones del actor (Peters, 1958). Tales conclusiones hicieron evidente que la parte esencial de las ciencias sociales era el proceso de interpretación (Taylor, 1971). La actividad humana permaneció opaca hasta que las intenciones se volvieron accesibles. Al mismo tiempo, la hermenéutica fue la única tradición significativa y relevante del saber que no sucumbió al ascenso empirista del poder. Esta tradición, dedicada a la interpretación de los textos (bíblicos, literarios, judiciales, entre otros), ofreció un rico resguardo de pensamiento sobre la tarea de interpretar la intención humana. Para aquellos que están dentro del campo clínico, ahora se presentaban nuevos y sofisticados aliados. De esta manera, con la metáfora de la persona como texto, el problema de la interpretación clínica podía ser vuelto a visitar. En gran parte no es sino hasta esta unión que debemos el renacimiento contemporáneo en la exploración de la relación clínica.

Yo mismo he estado sumamente intrigado con la extensión de las implicaciones intelectuales y prácticas de la metáfora de las personas como textos. A su vez, he estado ocupado con la posibilidad de que las vidas de las personas sean construidas alrededor de penetrantes figuras literarias o tropos. Del mismo modo que las teorías científicas son derivadas de o conducidas típicamente por metáforas arraigadas, así las vidas de las personas pueden ser dominadas por perspectivas acerca de sí mismas como arquetipos del héroe, de la tierra madre, o del astuto. De la misma manera que las teorías del desarrollo humano dependen de las formas narrativas incrustadas profundamente en nuestras tradiciones literarias, igualmente, las historias que decimos acerca de nosotros mis-

² Un informe de esta determinación interdependiente de la teoría y metateoría se encuentra en Gergen 1985.

mos (a los demás y a nosotros mismos) tienen importantes ramificaciones (Gergen y Gergen, 1986).

Sin embargo, mientras que la metáfora de la persona como texto ha ido bastante lejos, yo he encontrado otras limitaciones sustanciales. He sido llevado hacia serias reconsideraciones, tanto del momento intelectual como del moral. Inicialmente, este capítulo estará dirigido hacia estas limitaciones. Esto no significa que deseo contemplar el regreso a la perspectiva empírica del conocimiento y a una orientación conductual hacia el entendimiento clínico. Todo lo contrario. Al plantear los problemas inherentes a la metáfora de la persona como texto, podemos comenzar a vislumbrar la posibilidad de una alternativa trascendente del significado de la comprensión humana. Esta orientación relacional de la comprensión es la que será destacada en la siguiente sección de este artículo.

El impasse del conocimiento interno

El concepto contemporáneo del texto es tan viejo al menos como el de la tradición hermenéutica en sí misma. Es esencialmente una concepción dual que hace una distinción significativa entre el dominio primario de intencionalidad o significado, y el dominio secundario de las intenciones públicamente manifiestas (el significado dentro del mundo interior de la mente y su expresión dentro del texto objetivo). Para el estudioso de comienzos del siglo XVI, el conocimiento bíblico del texto qua texto fue sólo un medio hacia un objetivo mucho más noble, el conocimiento de la voluntad de Dios. Los textos bíblicos eran las emanaciones de un delegado especial venido desde lejos, muy parecido a los mensajes que eran comunicados por Hermes, el mensajero de los dioses. Si lo comparáramos con los profundos poderes que representa, el mismo Hermes no es más que una figura inferior e insignificante. Es esta concepción dual del texto, con una superficie insignificante y una gran profundidad, la que prevalece para informar nuestros proyectos contemporáneos.

Leemos poesía para indagar su más profunda perspicacia dentro de la naturaleza humana; discutimos las novelas y obras de teatro no en sí mismas sino en términos de las intensas verdades que nos podrían revelar;

hacemos distinciones fundamentales entre el contenido manifiesto y el latente, el síntoma y sus orígenes inconscientes, el significante y el significado, la superficie y la estructura profunda, entre otros. Creemos que el entendimiento humano ha sido alcanzado cuando penetramos exitosamente esta superficie y averiguamos su origen.

Sin embargo, si abrazamos de esta concepción dualista del texto, ¿cómo procede exactamente el proceso de la comprensión humana?, ¿cómo entender las tendencias esenciales o ganar intimidad con otras distintas?, ¿qué posibilidades hay allí para el conocimiento humano a nivel de la vida cotidiana, ya sea dentro del encuentro terapéutico o dentro de los pasillos de la ciencia? Exploremos un solo incidente y encaminémonos hacia conclusiones más generales. Este incidente es uno que ya he usado anteriormente para una audiencia diferente pero que tiene un encanto particular que lo hace aceptable como para repetirlo en este contexto.

Comencemos con un simple dilema: Si veo a mis buenos amigos Ross y Laura acercarse el uno al otro en una reunión social, y Ross extiende la mano y toca momentáneamente el cabello de Laura, ¿qué es lo que he observado exactamente?, ¿qué acción pudo haber ocurrido antes de que me percatara de eso?, ¿cómo lo voy a interpretar?, ¿qué es lo que esa acción sugiere acerca de su relación y sobre la manera en que debería yo de tomarla si deseo conservar su amistad? Tales dilemas de interpretación son muy frecuentes. Uno podría conjeturar inclusive que estos dilemas son tan numerosos como acciones sociales discriminables haya. Dichos dilemas deben ser resueltos, al parecer, para que nosotros podamos mantener relaciones interpersonales efectivas. ¿Cómo, entonces, resolvemos usualmente el problema esencial de la interpretación del comportamiento?

Este problema es especialmente fastidioso, pues tal parece que la acción en sí misma nos dice muy poco. Solamente sabemos que Ross ha tomado parte en una serie de acciones que podrían ser descritas como "tocar el cabello de Laura". Sin embargo, este nivel de descripción no es virtualmente informativo. ¿Qué significa tomar parte en tal acción? ¿De qué trascendencia teórica o interpersonal es dicho comportamiento? La acción misma no contiene esta información. Quizá la solución más convincente a este dilema resida en el empleo de indicadores contextuales. Podemos encontrar el significado de una acción colocándola dentro del

contexto de sus antecedentes y de sus consecuentes (su pasado y su futuro de la relación misma y, más generalmente, la cultura).

En este caso, consideremos primero el contexto retrospectivo, esto es, aquellos eventos que se cree que definen la acción pero que ocurren antes que ella. Por ejemplo, si Ross me hubiera informado la semana anterior de que él estaba locamente enamorado de Laura, esta información resolvería mi dilema. Yo podría considerar seguramente esta acción como una señal de afecto o atracción. De ese modo, si al interactuar posteriormente con Ross tomara esta acción como tal, y no como una señal de burla, es de suponer que Ross y yo continuaríamos manteniendo una amistad tranquila y sin problemas.

Debemos entonces ampliar el contexto retrospectivo. El comentario de Ross de la semana anterior puede no ser el único elemento del contexto. Supongamos que además me enteré, por Laura, unos días antes, de que ella le había dicho a Ross que no creía que él realmente fuera un tipo de persona cálida y afectuosa. En este punto dudaríamos de la conclusión inicial de que la acción fue una señal de afecto. Más bien, consideraríamos la posibilidad de que sólo fue un intento, por parte de Ross, de demostrarle que él si es, después de todo, una persona afectuosa. En efecto, la acción no es tan afectuosa como un acto de autopresentación o de identificación personal. Es más, consideremos este desagradable rumor al que acabo de ser expuesto: un amigo en común me dice que estos enamorados han tenido recientemente una seria pelea, en la que Laura acusó a Ross de ser un gran egoísta que cree que puede llegar a tener a todas las mujeres que él quiera. Laura le dijo que no quiere saber más de él, que es vulgar, insensible y agresivo. Con esta nueva información, podríamos querer interpretar la acción nuevamente. Después de todo, fue quizás un acto de burla por parte de Ross. Quizás él estaba diciendo con su acción que él podría tener, en efecto, cualquier mujer que él quisiera, y que Laura sería su próxima víctima. Así, para poder tener en este momento una relación eficaz con Ross, sería apropiado considerar esta acción como una burla y no como atracción o autopresentación.

No obstante, ¿cómo podríamos, después de todo, tener la certeza de que la burla es la interpretación adecuada de tal acción? Quizá Ross fue muy lastimado por las palabras de Laura y estaba haciendo un último intento por expresarle su afecto o para demostrarle, finalmente, que él

era una persona de lo más afectuosa. Es necesaria aún más información antes de que el comportamiento de Ross pueda ser interpretado apropiadamente. Hasta el momento hemos reparado solamente en la información basada en el contexto retrospectivo.

Para obtener mayor información tenemos que regresar al contexto emergente, hacia los eventos relevantes y definitorios que siguen a la acción en cuestión. Por ejemplo, observamos inmediatamente que Laura sonríe y toma la mano de Ross. Esta reacción tranquiliza ahora nuestras sospechas. Laura ha sido conmovida evidentemente por el gesto de Ross y se siente arrepentida por el reclamo que le había hecho. Después de todo, la caricia del cabello fue una expresión profunda de afecto. O ¿no? Unos minutos más tarde, cuando vemos brevemente a Ross hablando con un amigo, nos percatamos de que su postura y sus expresiones faciales son las de un hombre que está muy orgulloso de sí mismo. Quizá su gesto no fue tan afectuoso pero sí fue exitoso su intento de autopresentación. Ahora Ross está bastante complacido consigo mismo porque al parecer tuvo éxito convenciendo a Laura acerca de su abierta expresividad. Pero la evidencia no está todavía completa.

Al día siguiente nos enteramos de que subsecuentemente Laura le pidió a Ross si le podía prestar su automóvil para hacer un encargo y, una vez que el auto estaba en su posesión, le raspó por completo todo el lado derecho contra un muro de piedra y luego abandonó el vehículo. Al final el misterio se resolvió. Laura vio que la caricia no se trataba más que de una burla que en ese momento ella tomó como un gesto apropiado para ganar su amor. Esto lo hizo para ganar la confianza de Ross, después le pidió el auto prestado con el objetivo de dañarlo y así vengarse de su cruel acción.

Un mes después Ross y Laura son descubiertos caminando tomados del brazo...

Reunamos ahora varias de las principales proposiciones que pueden ser derivadas de esta tremenda herida.

1. La interpretación de cualquier acción dada está sujeta a infinitas revisiones. Desde que estamos expuestos a eventos en contextos, tanto retrospectivos como emergentes, nuestra manera de interpretar la acción presente continuamente se modifica. En teoría, este proceso no tiene

límites. En primer lugar, el rango de indicadores anteriores no tiene límites evidentes, así que debemos estar preparados para tomar en cuenta no sólo todos los sucesos en las vidas de los individuos en cuestión, sino también todos aquellos acontecimientos dentro de la historia cultural que dan forma a los significados actuales. Por ejemplo, en el caso de la vida de Ross, si supiéramos que con frecuencia sus sentimientos de afecto fueran pasajeros, habríamos estado menos inclinados a considerar la acción en cuestión como una acción de afecto. En relación con la cultura, de manera más general, si supiéramos que el contacto público entre parejas del sexo opuesto fuera una señal aprobada culturalmente como pertenencia o posesión, dudaríamos en aceptar este evento como una prueba de afecto.

Es evidente, además, que la relevancia de los sucesos de nuestras vidas o los sucesos dentro de la historia cultural pueden aumentar o disminuir dependiendo de nuestra manera actual de determinar la inteligibilidad. Por ejemplo, los eventos de la infancia temprana de Ross pueden ser vistos por el psicoanalista como concernientes a una identificación adecuada de la acción en cuestión (p.e. puede ser una reacción de formación que tiene su origen en el período edípico y que expresa lo contrario de la emoción aparente). Sin embargo, para quien que no se formó en este particular sistema de inteligibilidad, los mismos eventos de la infancia temprana podrían no ser considerados como relevantes.

El contexto emergente se encuentra igualmente sin ningún punto de soporte. La acción presente está sujeta a una redefinición continua a medida que tienen lugar más eventos. Como vemos, la última acción citada (aquella de la pareja caminando felizmente del brazo) parece poner en peligro una vez más a la "definición final". Sin embargo, el evento final en sí debería ser considerado apenas como el último. Las acciones futuras relacionadas con la interpretación tampoco son las únicas que unen a los dos individuos. Cualquier acción adicional, por parte de cualquier persona, puede, si uno posee un apropiado sistema de inteligibilidad, ser empleada para reconstruir el significado de la acción en cuestión. Por ejemplo, si bajo la perspectiva de la historia social más reciente nos enteramos de que este período histórico ha sido marcado por la gran superficialidad en la expresión de las emociones, retrospectivamente no tomaríamos en cuenta la sinceridad de la acción de Ross. Quizá fue sim-

plemente una manera de estilística artificial. De esta forma, vemos que la interpretación de una acción dada es, en efecto, ilimitada.

2. El punto de soporte para cualquier interpretación no es fundamentalmente empírico, sino que está sujeto a una red de interpretaciones interdependientes y continuamente modificables. Esta segunda proposición amplifica la primera. Como vemos, no hay un camino obvio por el cual podamos interpretar satisfactoriamente una acción determinada en sí misma. La acción en cuestión no provee de ningún criterio empírico para su adecuada interpretación; por tanto, uno está obligado a considerar el contexto de los eventos, tanto precediendo a la acción como siguiéndola. Ahora bien, para ampliar el análisis, encontramos que estos eventos tienen además la necesidad de ser interpretados, y uno debe investigar el contexto jamás-revelado de los eventos para determinar también sus significados. Por ejemplo, hemos sido llevados hacia la interpretación de las caricias del cabello de Laura como una expresión de afecto al tomar en cuenta la declaración de amor previa por parte de Ross. Sin embargo, la declaración misma necesita ser interpretada. Debemos estar seguros de que es una declaración de afecto en lugar de un intento de Ross por convencernos de su pasión o, por ejemplo, en lugar de un intento de convicción, un gesto caprichoso, un acto de autodecepción, o cualquier otra opción razonable. Con el propósito de determinar cuál de las interpretaciones es válida, somos una vez más impulsados a considerar el contexto jamás revelado dentro del cual ocurrió la declaración.

Por supuesto, los eventos dentro de sus contextos igualmente están sujetos al dilema interpretativo. De este modo, encontramos que la única interpretación crítica no está vinculada, de manera fundamental, a ningún grupo de elementos observables; la interpretación, mejor dicho, se apoya en un arreglo potencialmente inmenso de interpretaciones interdependientes. Además, a la luz de un contexto continuamente cambiante, cualquier interpretación está permanentemente sujeta a su modificación, y cualquier evento que ocurra dentro de ese arreglo u orden, puede aumentar o disminuir su relevancia, de la misma manera que los sistemas inteligibles evolucionan a través del tiempo. Por tanto, el orden contextual no puede ser considerado como estático sino en un movimiento continuo y reverberante.

3. Cualquier acción está sujeta a múltiples interpretaciones, ninguna de las cuales es objetivamente superior. Hasta el momento, nuestra tercera proposición amplía la lógica de nuestros argumentos. En el ejemplo inicial, tomamos el punto de vista de un solo observador de una acción dada. Sin embargo, este punto de vista difícilmente es sagrado, y podría ser reemplazado por una amplia gama de interpretaciones en competencia. Cada interpretación puede diferir en a) qué constituye o cuenta como un evento; b) la serie de eventos a los cuales él o ella están expuestos; y c) el sistema de inteligibilidad empleado para dar sentido a la acción actual. Dada la considerable escasez de un criterio empírico sobre el cual apoyar cualquiera de nuestras interpretaciones, no podemos debatir fácilmente sobre el hecho de que la validez de una conclusión sea superior a la de otra.

Podríamos cuestionar esta perspectiva en dos terrenos. Por un lado, podría mostrarse que una explicación basada en múltiples estímulos del contexto es superior a una que se base tan sólo en unos pocos. Sin embargo, si analizamos esto cuidadosamente, parece que esta perspectiva no es muy convincente. Al principio vemos cómo incrementa enormemente la cantidad de eventos que son considerados como relevantes para una interpretación, pero esto no quiere decir que nos estamos acercando fácilmente al esclarecimiento de la explicación. Por el contrario, podemos esperar que nuestras interrogantes se incrementen ante cualquiera de estas explicaciones. Del mismo modo que son considerados los eventos en aumento, evaluados sus contextos de interpretación, y formuladas sus múltiples interpretaciones en el relato del comportamiento de los otros, así la confianza en cualquier interpretación podría muy bien desaparecer. De esta manera, el más completo de los informes sobre una acción podría no ser informativo en lo absoluto. Aunque en este caso el silencio es filosóficamente defendible, no nos permite resolver el dilema esencial de la interpretación.

Al buscar la salvación mediante múltiples indicadores, un segundo problema reside en el argumento anticipado de que el número y serie de eventos que se consideran relacionados con cualquier interpretación puede variar de un individuo a otro. Los eventos que un observador ve especialmente relevantes en un acto determinado pueden ser considerados como insignificantes para otro. Por ejemplo, mucha gente cuestio-

naría la relevancia de los eventos ocurridos en la infancia temprana para la definición apropiada de sus acciones adultas. Los intentos de una persona por incrementar la cantidad de estímulos del contexto pueden ser considerados por otra como ejercicios de insensatez. Finalmente, puesto que cualquier evento está sujeto a múltiples interpretaciones, podría ser posible para un observador justificar cualquier interpretación dada, prácticamente en relación con cualquiera de los eventos ocurridos en el contexto. Una vez que hemos elaborado una interpretación en particular, la cantidad de eventos no fortalece de ningún modo dicha interpretación. Esto simplemente demuestra la agilidad conceptual del observador para generar una aparente consistencia en las interpretaciones.

El reto más poderoso para el argumento de la equivalencia de las interpretaciones podría estar basado en la pretensión de que la posición del actor es superior a la de cualquier otro. El actor, se podría argumentar, conoce más acerca de su propia historia de vida, y acerca de sus estados internos (intenciones, motivos, necesidades) que dan lugar a sus acciones. Los actores conocen mejor que nadie quiénes son, y si en este caso le pidiéramos un relato honesto, Ross podría facilitar la interpretación correcta. No obstante, mientras más sea considerada esta argumentación, más se encuentra injustificada. En primera instancia, encontramos que no puede sostenerse por completo que el actor conoce más acerca de su historia que cualquier otro. Esto sería argumentar que el relato del autor acerca de su acción se beneficiaría de tener en cuenta un amplio contexto de eventos relevantes. De ese modo, como acabamos de ver, aumentar la gama de eventos relacionados con una interpretación de ninguna manera incrementa su validez. En efecto, en el momento en que Ross considerara con mayor cuidado la gran complejidad de las experiencias precedentes en su vida, herencia cultural, histórica, y genética, entre otras, sus intentos por identificar sus motivos solamente podrían volverse más problemáticos.

Más importante, sin embargo, es el problema de identificar estados internos tales como intenciones, motivos y disposiciones. Hasta el momento, nuestro análisis no ha revelado una manera de asegurar objetivamente la acción manifiesta. El problema empeora de muy diversas maneras conforme nos dirigimos al nivel que no ha sido explorado. En particular, nos encontramos sin ninguna explicación inteligible de cómo

deberíamos determinar la precisión de la identificación de un estado psicológico. En este caso, el aspirante confronta varios problemas trascendentales. Tres de ellos serán considerados brevemente.

1. Proceso de búsqueda de sí mismo. Comúnmente hablamos de nuestras intenciones, emociones, necesidades y demás, como si fueran tan fácilmente accesibles a la experiencia. Sin embargo, si examinamos el supuesto de que podemos experimentar estados internos, encontramos que nos acercamos rápidamente al margen de la incredulidad. Tal conclusión supondría un concepto de mente en el cual el proceso psicológico sería capaz de volverse reflexivamente sobre sí e identificar sus propios estados. Más que un simple oleaje de conciencia, uno se vería forzado a un dualismo mental en el cual un nivel de conciencia actuaría como un aparato de percepción y/o registro. Un segundo proceso facilitaría todo el material para ser percibido y registrado en dicho aparato. No obstante, cómo le haríamos para separar al sujeto del objeto o al agente sensible del objeto de la experiencia? ¿Cómo es eso de que la conciencia puede estar consciente de sí misma? Debido a que este dualismo es tan difícil de manejar, uno está invitado a considerar cómo una construcción tan peculiar como esa pudo haber adquirido tanta credibilidad. En este caso, parece más convincente que la suposición de la "percepción interna" sea una forma reconstruida de la tradicional metáfora de "percepción externa". La última perspectiva está basada en una dicotomía sujeto-objeto: un sujeto aprehendiendo la naturaleza del objeto externo. El presente modelo de percepción interna parece representar una proyección de esta perspectiva en el mundo encubierto. Así, suponemos implícitamente el funcionamiento de un "ojo interno". Sin embargo, a diferencia del caso de la percepción externa, somos incapaces de identificar el aparato perceptivo y diferenciarlo del objeto de la percepción. Hasta que pueda ser elaborada una explicación inteligible sobre la percepción interna, sería imprudente fiarse de esta suposición sólo para librarse de los obstáculos de la relatividad en la interpretación.

2. Percepción interna como predisposición (self-biased). Si uno puede llevar a cabo la circunlocución teórica necesaria para justificar un dualismo interno, entonces nos enfrentamos con un segundo problema de no menor magnitud. Específicamente, si tanto el proceso de percepción

como los datos percibidos son componentes de la misma estructura psicológica, ¿qué artefacto (si es que lo hay) se podría poner para protegernos de las percepciones erróneas? ¿Cómo podemos estar seguros de que ninguna otra influencia psicológica está actuando para obstruir el objeto de percepción? En particular, ¿las entidades que uno espera identificar no podrían ellas mismas obstaculizar o distorsionar la tarea de identificación en sí? En efecto, justamente la teoría freudiana postula los tipos de procesos psicológicos que oscurecerían esas entidades (estados, impulsos, intenciones) que esperaríamos averiguar. ¿En qué terreno podría uno argumentar que los procesos internos no operan de esta manera? Si nuestra conciencia es controlada de esta forma, entonces sería inútil el intento de resolver la cuestión interpretativa por autoobservación.

3. Las propiedades construidas de los estados psicológicos. Una tercera dificultad surge al indagar las propiedades que permitirían identificar los estados mentales. ¿Cuál es el tamaño, forma, color, sonido u olor, por ejemplo, de una intención, de un pensamiento, motivo, deseo, de una necesidad, o una esperanza? Hasta la pregunta parece mal concebida. Dada la insuficiencia en el lenguaje existente para describir o caracterizar estados internos, uno comienza a confrontar la posibilidad de que el lenguaje de la mente es menos un espejo de los estados mentales que un producto del amplio sistema conceptual de la cultura. Los términos de los estados mentales parecen derivarse de las convenciones culturales de la inteligibilidad más que de la caracterización de un dominio ontológico separado. En gran parte, tal conclusión está apoyada en la investigación antropológica sobre los conceptos mentales dentro de otras culturas y lugares históricos (Heelas y Locke, 1981; Kessen, 1979; Shweder y Bourne, 1982). Conforme uno se mueve de una esfera cultural o histórica a otra, tal estudio revela muy diferentes "ontologías de la mente". La aportación de Charles Taylor (1988) en Hermeneutics and psychological theory representa una contribución adicional a dicho entendimiento. Si el vocabulario de los estados mentales fuera determinado o restringido por las características naturales de los estados mismos, entonces tales variaciones apenas serían anticipadas.

A través de los años ha habido numerosos intentos por superar el problema de la relatividad en la interpretación. Como vemos, a finales

del siglo XIX hubo un intento de Dilthey para desarrollar el método de Verstehen, mediante el cual uno se proyectaría en las experiencias del otro. Aunque fue severamente criticado como un método de adquisición de conocimiento, algo muy parecido a este método sería defendido posteriormente por el teórico histórico, R.G. Collingwood (1946). Tal como lo propuso, el conocimiento de los periodos históricos anteriores iba a ser alcanzado mediante la proyección de uno mismo en este contexto anterior. En efecto, la historia no podría ser escrita adecuadamente sin penetrar el sistema de intenciones del pasado. Sin embargo, ni Dilthey ni Collingwood pudieron ofrecer una explicación de cómo podemos determinar si la precisión de la proyección mental ha sido lograda. Después surgieron los intentos de Emilio Betti (1962) por desarrollar cánones formales de interpretación, y de Hirsch (1967) por desarrollar una forma empírica para probar la hipótesis acerca del object directedness del orador. Ambas tentativas fueron atacadas y han sido, en gran parte, abandonadas por los hermeneutas contemporáneos. No sólo ha sido difícil llevar a la práctica sus formalismos de interpretación hermenéutica, sino que, además, éstos se resisten al tipo de interpretación que nos permitiría determinar si su intención estaba siendo o no cumplida.

La obra de Gadamer: Truth and method, contempla promesas acerca del potencial de una intersubjetividad válida. No obstante, el principal concepto que surge del análisis de Gadamer es quizá el del horizonte del entendimiento. Este concepto, al cual regresaremos dentro de poco, se presta enérgicamente a conclusiones relativistas e históricas. El "fracaso" de Gadamer al ajustar los estándares de interpretación válida difícilmente escapó de la atención de Habermas en su crítica sobre Gadamer (Habermas, 1970). Tentativamente, aunque con modificaciones complejas en cuanto a la certeza, Paul Ricoeur (1976) ha sostenido que es posible para el intérprete distanciarse de las preconcepciones sesgadas del entendimiento. Sin embargo, él no ha sido capaz de demostrar cómo podrían proceder sin tales sesgos los procesos que determinan la estructura subyacente al texto. En años recientes, ha sido probablemente Habermas (1979) la voz más fuerte a favor de una trasparencia en la interpretación. Habermas trata de establecer un conjunto de condiciones ideales del discurso (tal como la ausencia de dominación en las relaciones) que hacen posible que ocurra la comunicación sin ser tergiversada. En este caso, no obstante, permanecen oscuras las razones sobre las cuales yace la validez del entendimiento. Adicionalmente, Habermas inadvertidamente favorece en sus análisis al que posee las mejores habilidades retóricas. Los poseedores de tales habilidades (presumiblemente personas con muy buenos estudios) inevitablemente saldrían victoriosos en el intento por alcanzar un consenso racional en una comunidad democrática.

Estos comentarios son, por supuesto, terriblemente breves y las publicaciones podrían ser (y han sido) escritas para explicar los problemas inherentes a estos análisis (Bleicher, 1980; Plamer, 1969). El principal punto es que, enfrentando la era que vivimos, no nos encontramos con ninguna explicación viable sobre la validez de la interpretación. Nos encontramos sin un argumento convincente acerca de que es posible el conocimiento del otro. Si la lógica de mi ejemplo precedente es correcta, hay muy pocas razones como para suponer que tal explicación estará disponible. En Hermeneutics and psychological theory, Richard Bernstein (1988, Capítulo 4) sostiene que podemos trascender el relativismo en la interpretación. Sin embargo, él evita la posibilidad de reglas de procedimiento formalizadas, basa su caso en una "difícil y desordenada clasificación de resultados". Parece ser que para asegurar este caso se requiere de una razón mejor elaborada. ¿Por qué deberíamos nosotros de esperar el surgimiento de una razón tal? Después de todo, solamente tenemos a nuestra disposición una parte del discurso público. Imaginamos que hay un área del discurso privado en la cual esto debería anexarse. Es más, nosotros no poseemos ningún acceso ni al discurso privado en sí ni a las regals por las cuales es traducido en el dominio público. Se sigue que cualquier intento por traducir (o entender) debe ser basado en un procedimiento analítico a diferencia de uno sintético. Esto es, las lecturas o traducciones pueden ser hechas verdaderas solamente por definición, en virtud de la circularidad más que por verificación.

Enfrentaríamos un problema similar si asumiéramos que todas las formaciones de las nubes fueran símbolos de los pensamientos de Dios. Tales pensamientos podrían ser leídos si pudiéramos, pero tendríamos que descifrar el código de cómo los pensamientos de Dios fueron transformados en nubes nimbos a diferencia de nubes cirros, o en tormentas en vez de tornados. Si tales suposiciones se hicieran ¿qué esperanza ten-

dríamos de descubrir los impulsos de Dios a través de nuestras observaciones? Todas las lecturas serían, por un lado, el resultado inevitable de un lenguaje imaginario del ser Divino (por ejemplo, Dios es un ser que "quiere", "desea" y "ordena"); y por el otro, un grupo imaginario de reglas de traducción (p.e. cuando Dios se enoja el cielo está oscuro). Una vez desarrollados, tales vehículos harían transparentes los pensamientos de Dios. Sin embargo, sólo lo harían en virtud del sistema imaginario de definiciones construido para llevar a cabo esa tarea. Si no hay una voz interna a la cual uno pueda tener acceso, entonces todos los intentos por interpretar lo "interno" en virtud de lo "externo" deben ser inherentemente circulares.

Los orígenes de "el fantasma en el texto"

En este momento uno se pregunta por qué la concepción dualística del texto es tan convincente. Por qué es tan fácil creer en un significado detrás de las palabras, impulsos, detrás de la acción? ¿Qué da lugar a la creencia prácticamente inmutable de intenciones subyacentes? Déjenme proponer una posible respuesta a este acertijo. Uno de los principales usos del lenguaje en el intercambio social es la comunicación mediante señalamientos. Los términos lingüísticos pueden ser desplegados rápida y efectivamente como una manera de designar la presencia o ausencia de varios objetos, entidades o estados. Ser informado de que "está lloviendo", "te pusiste los calcetines de diferente color", o "se está incendiando tu casa" son señales sobre las condiciones que podrían requerir un reajuste de nuestra acción. Estas declaraciones se refieren a los eventos externos del lenguaje en sí o independientes a él, y su utilidad como señales depende, de manera importante, de la capacidad humana de dominar la relación entre el arreglo de los sonidos y otros eventos. Podría aventurarse que la flexibilidad y capacidad discriminativa del lenguaje lo hace un medio ideal para la señalización dentro de la esfera de las relaciones en proceso y que este proceso hace una contribución esencial para la sobrevivencia de las especies.

En los asuntos humanos, uno de los más prominentes candidatos en el señalamiento discursivo es la acción humana misma. Frecuentemente

es útil referirse verbalmente a los tipos de actividad en que las personas están involucradas (p.e., pelear, ayudar, amar, comer). Incluso, a pesar de la utilidad del proceso, éste se encuentra limitado por una profunda dificultad. Como se describió más ampliamente en otro lado (Gergen, 1982), las palabras como arreglos de sonidos discretos pueden ser asociados óptimamente con (o usados para señalar) eventos con un patrón espacio-temporal estable. Si los patrones a ser señalados están en un movimiento continuo e irrepetible, entonces el proceso de señalamiento es destruido. No sólo es sumamente ambiguo el límite espacio-temporal del evento señalado, sino que, debido a que el evento en sí no es repetible, sería muy difícil adquirir el conocimiento a través del tiempo acerca de su relación con cualquier palabra en particular. El conocimiento sería, esencialmente, momentáneo y desechable. Para ilustrar esto existe, por ejemplo, un vocabulario extenso y confiable para señalar o hablar acerca de tipos de sillas (plegables, acojinadas, reclinables, ejecutivas, mecedoras). El vocabulario es útil y rara vez nos equivocamos, sobre todo, a medida que las clases de objetos denotados por los términos son estables a través del tiempo y el espacio. No obstante, tenemos un vocabulario relativamente empobrecido para hablar de las olas del océano o de las flamas de las velas. En los últimos casos, al principio es difícil discernir dónde un evento termina y el otro comienza. Además, este vocabulario tendría una utilidad limitada, ya que rara vez ocurriría la repetición de una determinada ola o de la forma de la llama de una vela.

Hay una buena razón para creer que, respecto al proceso de señalar, la acción humana se parece más a las olas del océano y a las llamas de las velas que a las sillas. El cuerpo está en un movimiento continuo y múltiple, rara vez se repite un patrón determinado a través del tiempo. Como resultado, existen relativamente pocos términos en el lenguaje que se refieran a la configuración espacio-temporal del cuerpo mismo. Podemos referirnos al cuerpo como erguido o boca abajo, en movimiento o sin movimiento. Sin embargo, apenas podríamos hablar de la velocidad o dirección del conjunto combinado de movimientos de las partes del cuerpo. En efecto, tales caracterizaciones lingüísticas del cuerpo en movimiento se vuelven problemáticas por la ardua naturaleza de esta tarea. Un esfuerzo agotador se requeriría para desarrollar tal vocabulario, y su utilidad sería enormemente limitada.

¿Cómo sería resuelto, entonces, el problema pragmático de la referencia en el caso de la acción humana? Una solución parecería alcanzable en dos pasos. En primer lugar, las palabras son empleadas para señalar no los detalles espacio-temporales de los movimientos corporales en sí, sino las hazañas y los logros que los movimientos están alcanzando (han alcanzado, alcanzarán). Por ejemplo, cuando vemos que una persona ha ayudado a otra, nos referimos esencialmente a lo que la acción consiguió. El término descriptivo no nos dice nada prácticamente acerca de los movimientos manifiestos del cuerpo del actor. Si los mismos movimientos estuvieran lastimando a otro, podríamos decir que el actor le estuvo haciendo daño a otro. Entonces, usar los logros del movimiento como la base para nuestro señalamiento, no resuelve completamente el problema de explicar la conducta del actor. No es el logro, específicamente, o el resultado de la acción lo que es importante. El problema es señalar qué está haciendo el actor y no qué logros ha alcanzado con sus acciones. No es el estado de ser ayudado o lastimado lo que uno espera señalar en este caso, sino el comportamiento del actor. Para resolver este problema, el lenguaje de la descripción de la persona restablece el resultado de la acción como su objetivo. Lo que se logra es lo que se considera que es el objetivo, intento, tendencia, disposición, o intención de la persona. Es la persona la que intenta ayudar o hacer daño. En este sentido, los puntos que describen a una persona señalan, esencialmente, no al comportamiento concreto de los actores, sino sus estados de disposición (Taylor, 1964).

Para los presentes propósitos, el resultado más importante de esta solución al problema pragmático de referirse a (o de señalar) la acción humana es el establecimiento de un inventario de disposiciones internas. Para explicar la acción humana debemos hablar como si las personas tuvieran motivos, necesidades, impulsos, intenciones, deseos, preferencias, actitudes, disposiciones, y demás términos que restablecen a nivel interno lo que las personas parecen lograr con su comportamiento. Estos términos de disposición podrían designar un inmenso rango de metas; uno podría estar motivado para alcanzar placer, aprobación, riqueza, paz, entre otros. La lista de posibilidades puede ser extendida indefinidamente. Y, a medida que hablamos de los motivos de las personas para alcanzar estas metas, los términos de disposición son objetivados. Esto es, ellos

caen en la misma posición vis-à-vis al lenguaje como lo hacen los eventos reales del mundo. De la misma manera que hablamos de sillas o saleros, uno habla de intenciones de ayudar o estorbar. De la misma manera que asumimos que las palabras anteriores señalan un mundo independiente de las palabras en sí mismas, también suponemos un mundo de disposiciones mentales. El resultado es un lenguaje reificado de los eventos psicológicos.

En resumen, en el intento por resolver el problema pragmático de referirse a (o señalar) la actividad humana en la esfera de las relaciones cotidianas, surge un lenguaje de las disposiciones psicológicas (o de la intencionalidad). Un lenguaje similar parece ser necesario debido a la incapacidad humana de cimentar valores lingüísticos exactos a la actividad de las proteínas del cuerpo humano. A medida que este lenguaje de las disposiciones es aumentado y reificado, el dominio interior de la psicología se convierte en una realidad aceptada y una parte del mundo del sentido común de las relaciones cotidianas.

El impasse de la construcción del lector

Hasta el momento hemos visto que la metáfora del texto nos coloca en una posición desde la cual no es posible ni leer la intimidad, ni tampoco el conocimiento de sí mismo. Si las personas son textos, entonces deben ser vistas como átomos sociales aislados que no pueden ni conocerse ni entenderse entre sí. Adicionalmente, no pueden comprender sus propias acciones, pues éstas se encuentran más allá del límite de la interpretación objetiva. Tales conclusiones no son solamente dolorosas sino desafortunadas en sus implicaciones para la vida social. Estas conclusiones contienen una pequeña promesa para la intimidad, para el contacto genuino, para la autenticidad o, de hecho, para cualquier otra forma profunda de relación humana. Antes de explorar una perspectiva alternativa, debe ser abordado un segundo aspecto de la metáfora del texto. Específicamente podría uno preguntarse, si las personas son textos entonces ¿quiénes son los lectores? La metáfora en sí misma está completamente incluida en esta explicación; sugiere que todas las personas son textos encarnados manifestando indicadores simbólicos de un mundo de intenciones. No

obstante, si las personas son solamente textos, entonces no tenemos ninguna explicación sobre la tarea crítica de leer. Las personas deben ser entonces algo más que textos. La metáfora se encuentra en esencia incompleta.

Dentro de la década pasada de teoría literaria es el lector quien ha desplazado casi completamente al texto como el centro de su atención. Este cambio de atención no está desconectado de los problemas con las normas de verdad en la interpretación. Si los textos mismos no ponen límites eficaces sobre el conjunto de interpretaciones que se realizarán sobre ellos, entonces uno está invitado a considerar otros recursos alternativos de interpretación. El lector se encuentra ante la alternativa más obvia. Gadamer (1976) estuvo muy consciente de esta posibilidad en el momento en que la apresó en su concepto de horizontes del entendimiento. Tal como lo propuso Gadamer (siguiendo a Heidegger), nos acercamos a cada texto con una serie de preconcepciones históricamente situadas. Con ello, el entendimiento no puede proceder más que en sus propios términos. Sin embargo, debido a su extrema relación con los criterios de validez, no han sido los hermenéuticos quienes han hecho llegar hasta esta conclusión el argumento de Gadamer. Mejor dicho, esta tarea se dejó a los teóricos literarios en general y a los deconstruccionistas en particular.

Consideremos primero una serie de influyentes ensayos de Stanley Fish (1980). Tal y como propone Fish en relación con la interpretación literaria, la "entidad que interpreta (o agente), dotada con propósitos e intereses, está determinando, en virtud de su funcionamiento mismo, qué es lo que cuenta como hechos para ser observados" (p. 8). El interés en los "efectos del lector", como suelen ser llamados (véase Suleiman y Crosman, 1980), alcanza su epítome en los escritos deconstruccionistas. En las manos de Derrida, de Man, y otros deconstruccionistas, la aportación de la crítica literaria (lector, filósofo, terapeuta, o científico, por analogía) está guiada por aparatos literarios, figuras, o tropos, bastante desgastados. Estas figuras dominan la interpretación hasta el punto de la exclusión del texto mismo. Por consiguiente, texto y autor son deconstruidos. También, a menudo el crítico o filósofo logra inadvertidamente deconstruir su propia aportación en el proceso mismo. Y hablar de este

proceso es en sí un esfuerzo literario autónomo y merecedor de su propia demolición.

Para demostrar esto, el psicoanalista que pretende desarrollar el entendimiento de un paciente se compromete típicamente a una metáfora particular de la mente, a saber, aquella dominada por fuerzas en conflicto. Este compromiso precede a la confrontación del caso particular a ser considerado. Cuando el paciente analizado es subsecuentemente confrontado, él simplemente actúa como un detonador para el ejercicio de las reglas del analista para elaborar la metáfora. El analizado es simplemente una excusa para que el analista se involucre en una forma literaria específica. Por consiguiente, el analizado es deconstruido como una entidad para ser entendida. Posiblemente el analista empleará además una metáfora de segundo orden, aquella que le sirva para revelar su artificio, y de esta manera deconstruir su aportación también.³

Ahora nos encontramos con otra desafortunada intersección. El punto de vista de que las personas son textos nos dejó en un aparente *impasse* relacionado tanto a la comunicación como a la relación genuina. Cuando extendemos la metáfora para incluir al lector, encontramos nuevamente que el entendimiento humano es imposible. En el proceso de lectura, el texto y su autor son anulados. El individuo cae nuevamente en el aislamiento, incapaz de conocer, e incapaz de comunicar. No sólo encontramos que somos átomos sociales, sino que cada uno está herméticamente sellado con respecto al otro. Somos invitados por este análisis a perseguir cada quien sus propios fines. Después de todo, los demás no pueden conocernos ni tampoco nosotros a ellos. No nos queda más que la búsqueda privada de uno mismo.

³ El importante trabajo de Spence, *Narrative Truth and Historical Truth*, hace un análisis paralelo en su intento por demostrar que la verdad generada en el encuentro, psicoanalítico es esencialmente producto de demandas lingüísticas y estéticas, más que un reflejo de la realidad histórica. Sin embargo, como Sass y Woolfolk (1988) lo disciernen, hay un compromiso implícito en el trabajo hacia la suposición empirista de que efectivamente existen experiencias "no-contaminados" en relación con las cuales pudiera ser comparada la reconstrucción narrativa.

Hacia el significado como una forma relacional

Hasta este punto, por razones intelectuales y morales, uno tiende a abandonar la metáfora de las personas como texto. Se requiere de una manera alternativa de entender el proceso de interpretación humana y el carácter del entendimiento humano y, de manera más general, del conocimiento. La claridad y confianza en tal alternativa difícilmente pueden ser generadas en este momento. Sin embargo, pienso que hay importantes precursores para tales explicaciones y que lentamente está surgiendo una conciencia a partir de sus principales contornos. Las semillas fueron plantadas en los escritos de Wittgenstein y J. L. Austin. Asociaciones cercanas pueden encontrarse en algunos de los escritos posteriores de Bateson, y en los trabajos de aquellos que compartían su perspectiva totalizadora (wholistic perspective). Varios elementos relacionados están contenidos también en algunos de los escritos de Harry Stack Sullivan y, en ciertos aspectos, han sido ampliados en teorías contemporáneas de la terapia familiar y de la teoría organizacional. Para el presente propósito, déjenme poner en una perspectiva más clara algunas suposiciones críticas, particularmente en el momento en que éstas se relacionan con el problema de la interpretación humana.4

En primera instancia, mientras se acepta el hecho de que las explicaciones de la acción individual deben ser formuladas en un lenguaje de intenciones o disposiciones, no caigamos en la tentación de reificar los términos de intención en sí mismos. Hemos sido muy rápidos al suponer que el lenguaje de la descripción de una persona representa el proceso del entendimiento humano. De este modo, pensemos ya en abandonar la suposición de que el entendimiento puede ser alcanzado cuando penetramos el velo del exterior. Por el contrario, confrontemos directamente las acciones de los demás. Así, consideremos la posibilidad de que las acciones humanas son lo que son y no un conjunto de indicadores crípticos de algún otro dominio ontológico. Además, parece permisible admitir que las palabras de los demás (y más su comportamiento) tienen

consecuencias significativas en nuestras acciones. Esto es, no somos mónadas autocontenidas como lo da a entender una parte de la explicación deconstruccionista. Dicho de otro modo, cuando los demás hablan de felicidad, dolor, enojo y demás, cuando sus brazos se estrechan hacia sí mismos más que hacia nosotros, esto provoca una diferencia en nuestras acciones subsecuentes.

Ahora, ampliemos las implicaciones de nuestras dos primeras propuestas: que las formas de acción son lo que son y no símbolos o emanaciones, y que la gente es sensible a las palabras y acciones de los demás. Específicamente, podemos cambiar un énfasis en el texto y su lector, o de una acción y reacción únicas, a patrones más extensos de interdependencia. Cada una de mis acciones no es sólo una respuesta a las tuyas, sino que simultáneamente es una acción a la que tú responderás. En este sentido, mi conducta no es ni una respuesta ni un estímulo, sino una integridad en un patrón extendido del cual ambos formamos parte. O bien, para plantearlo de otro modo, nosotros dos, juntos (y la cifra puede aumentar), hacemos un patrón de relaciones. Este patrón conjuntamente logrado no se puede descomponer en las unidades fragmentarias que lo componen, de la misma forma que una pintura de Jackson Pollock no podría ser reducida a la variedad de colores de los que está compuesta.

Dados estos tres movimientos ¿qué queda por decir acerca del tan mencionado significado de las palabras, de los gestos y otras acciones, y del problema afín de la interpretación humana? Por un lado, encontramos que el significado de una palabra no será hallado en su intención subyacente o guardado profundamente dentro del inconsciente. Por el contrario, los significados de las palabras, los gestos o las acciones, son entendidos dentro de los patrones de relación que se están desarrollando. Por lo tanto, el problema no es buscar el significado de una palabra o acción dentro de una región interior, sino al exterior, en el horizonte de la relación que está siempre en continua expansión. Permítanme tratar este caso de una manera más concreta.

Decimos que las personas tienen motivos agresivos, inclinaciones altruistas, intenciones bromistas y demás, como si éstas fueran propiedades de los individuos mismos. Sin embargo, si alzara mi brazo por encima de mi cabeza, sería poco lo que se podría decir de mí como individuo. Sería solamente una configuración espacio-temporal inmovilizada

⁴ Para una explicación más extensa sobre el significado y el entendimiento de una perspectiva de relación, véase Gergen 1994.

en una de las tantas poses corporales que carecen de sentido. En contraste, si otra persona estuviera delante de mí, agachándose y haciendo gestos, repentinamente sería posible hablar de mí como una persona agresiva, opresora, o despiadada. Si la otra persona fuera un niño parado de puntitas, los brazos extendidos, y su pelota atorada en un árbol por encima de mi cabeza, sería posible caracterizar mi pose como de ayuda o paternal. Configuraciones adicionales de otra persona podrían dar lugar a la conclusión de que yo fui juguetón, obediente, protector o altanero. Nótese que mi acción es la misma en todas las circunstancias; no obstante, es muy poco lo que se puede decir de mí para caracterizarme, hasta que sea articulado el contexto relacional. Similarmente, los movimientos de la otra persona tienen muy poca conexión en nuestro lenguaje del entendimiento hasta que sean vistos dentro del contexto que me incluye. En efecto, lo que adquirimos como características individualizadas (nuestra agresión, jugueteo, altruismo, y demás) son antes que nada productos de la configuración conjunta. Éstas son derivadas de unidades más completas y totales. Por tanto, la inteligibilidad es el resultado del continuo patrón relacional.

¿Qué vamos a hacer del entendimiento humano o del conocimiento desde la perspectiva relacional? En este momento estamos de nuevo invitados a abandonar la perspectiva tradicional del lector, quien trabaja solo y aislado para lograr el entendimiento. De esta manera, el entendimiento de la perspectiva presente es esencialmente un logro social, un derivado de las personas en una relación continua. Cuando dos personas coordinan exitosamente sus acciones para conseguir una relación romántica, una conversación, o incluso un común acuerdo de separación, podría decirse que el entendimiento ha ocurrido. Lo mismo podría aplicarse también al combate y a la dominación. Cuando los participantes coordinan sus acciones de tal manera que se lograra un patrón culturalmente inteligible, entonces podríamos hablar de la emergencia del entendimiento, como lo señala Ryle (1949). Solamente en este caso el "saber cómo" sería un logro colectivo -el conocimiento es un "saber cómo" más que un "saber qué"-. En este contexto la cuestión de precisión es obviada. Uno no está intentando determinar la correspondencia entre intención e interpretación. Por el contrario, deberíamos ver la palabra hablada (en este caso) más bien como una invitación a bailar. Si los bailarines

tienen éxito al coordinar sus acciones, el entendimiento ha sido logrado. El entendimiento no está contenido ni dentro de mí ni en ti, sino que es aquello que generamos juntos en nuestra manera de relacionarnos.

Permítanme ilustrar esta orientación relacional hacia el entendimiento humano con un reporte de investigación preliminar acerca de la naturaleza de los predicados mentales. Acabamos de ver que el simple movimiento de mi mano alzada sobre mi cabeza no tiene sentido por sí mismo, adquiere importancia solamente en términos de las acciones del otro. Del mismo modo, el enunciado "estoy enojado" es la declaración de un tonto hasta que es entendido dentro de un contexto manifiesto de la relación. Este enunciado no puede ser dicho a cualquiera al azar; para que la declaración tenga sentido, debe ser parte de una secuencia histórica de eventos, tanto precedentes como subsecuentes. Dados estos dos movimientos, el primero, que exterioriza los ya mencionados eventos mentales como las emociones, y el segundo, sitúa tales comportamientos dentro de un contexto relacional, entonces estamos preparados para el tercero. Esto es con el objeto de centrar nuestra atención en el patrón manifiesto del cual forma parte el comportamiento emocional individual. Así pues, deberíamos llevar al centro de nuestro interés teórico el patrón relacional del cual el comportamiento de un individuo es simplemente un componente.

Consideremos el concepto de depresión. Normalmente se piensa que la depresión es un episodio personal, de origen neurológico. Si alguien declara que está deprimido, tomamos esa declaración como si fuera el reporte sobre el estado de una tierra exótica y extraña. No obstante, si supusiéramos que las expresiones de la depresión son primero públicas y, segundo, parte de las relaciones, no necesitaríamos preguntar si la persona está dando un retrato exacto de su mundo interior o si estamos interpretando las palabras correctamente, luego entonces podríamos empezar a preguntar acerca de la naturaleza de las relaciones en que ellas aparecen. Por ejemplo, hemos enfrentado a los participantes de una investigación a una situación en la que un amigo les dice que está deprimido. Después preguntamos a los participantes sobre sus probables respuestas a tal declaración. Como suele suceder, uno no puede responder al azar a tal declaración de depresión. Uno no puede simplemente decir: "¡ah!, que bien", o "mira nada más, tan lindo día", sin arriesgarse a ser rechaza-

do. Por el contrario, como nuestros participantes nos mostraron, sólo hay un conjunto limitado de movimientos discursivos que pueden ser hechos. Primeramente, uno está limitado a ciertas formas de simpatía, curiosidad, indiferencia o irritación. Así, empezamos a ver la posibilidad de cuatro unidades diferentes de relación, cada una comenzando con un comportamiento emocional particular de parte de la persona A, seguido de una respuesta apropiada de la persona B.

Sin embargo, estas cuatro unidades de relación son únicamente el principio de lo que debería llamarse escenarios relacionales, esto es, grupos de movimientos interdependientes que constituyen ciertas unidades relacionales. En este momento preguntamos a nuestros participantes en la investigación cómo respondería la persona A si ella expresara depresión, y la persona B respondiera con una de las cuatro diferentes reacciones. Cada una de estas combinaciones genera un conjunto mayor de reacciones. Más que examinar el rango completo de posibles escenarios producidos por esta interacción y por varias interacciones subsecuentes, permítanme simplemente resumir uno de los principales escenarios que se revela conforme continuamos haciendo el ejercicio. Este escenario particular podría ser llamado afirmación de la relación (relation affirming). Está compuesto de la expresión de depresión de la persona A, de la respuesta de simpatía de B, de una nueva elaboración sobre la razón de la depresión por parte de A, más simpatía por parte de B, más elaboración por parte de A, las palabras de aliento y consejo de B y, finalmente, la expresión de gratitud por parte de A. Generalmente, en este punto la unidad relacional se considera terminada. Esto es, en este momento uno queda libre para seleccionar un escenario alternativo (hablar sobre planes para el fin de semana, sueños secretos y demás). Tal como parece, el escenario completo ha estado genéricamente afirmando la amistad entre los dos participantes.

Elucidar algunos de estos principales escenarios no es más que un primer e importante paso en nuestra presente investigación. También estamos intentando situar estos escenarios dentro de secuencias más amplias de relación, para verlas como componentes de unidades aún más grandes. Por ejemplo, el escenario de afirmación de la relación que acabamos de describir podría ser localizado típicamente dentro de un escenario más amplio en una relación de amistad. En la sociedad moderna,

sin este subescenario que afirma la relación, no podríamos decir que estamos llevando una amistad. En contraste, la depresión como un escenario de afirmación de la relación no sería típicamente un subcomponente de una relación por lo general más competitiva u hostil. Nosotros también estamos tentados a explorar no solamente los escenarios establecidos, sino la relación que este escenario crea entre ellos. Si A y B están implicados en un cierto rango de escenarios relacionales ¿cuáles son las implicaciones para los diferentes tipos de patrones relacionales que están permitidos con C? Ésta es una de las múltiples interrogativas que ahora estamos intentando cuestionar, no sólo con los términos de las emociones, sino con otros predicados mentales, como el pensamiento y la memoria.

Brevemente ¿qué es lo que estos resultados nos dicen acerca de la relación terapéutica? Me parece que nos invitan a un acercamiento radicalmente diferente con respecto al ya mencionado análisis profundo. Más que explorar el mundo desconocido del interior, nos dirigimos hacia el nivel de la relación cliente-terapeuta. La investigación reciente en este campo se ha centrado sagazmente en la mutua construcción de la realidad dentro de semejantes encuentros (Cronen, Pearce y Tomm, 1985; Spence, 1982). Sin embargo, este análisis invita a incrementar dicha sensibilidad. Cuando un cliente reporta depresión, por ejemplo, ;a qué tipo de danza está siendo invitado a participar el terapeuta? ¿Es probable que se manifiesten los patrones ya alcanzados que el cliente ha desarrollado en otras relaciones? ¿Puede el terapeuta ayudar a desarrollar nuevas danzas o formas de relación que sean más benéficas para el cliente? En este sentido, el terapeuta no trata de "llegar al fondo" del caso o de "indagar la profundidad del interior", sino de hacer manifiesto los patrones de intercambio que son sugeridos por las acciones del cliente, para explorar su viabilidad y para desarrollar maneras de alterar o ampliar el repertorio de posibilidades.

Para concluir, este artículo sitúa a la metáfora de la persona como texto bajo una consideración crítica. Ha sido esta metáfora la que ha provocado las principales interrogantes del análisis hermenéutico tradicional. Ha sido esta investigación, en gran parte interesada con el proceso y validez de la interpretación, la que también nos informa acerca del pensamiento más reciente dentro del dominio clínico. Sin embargo, como el

Bibliografia

presente análisis intenta demostrar, la metáfora de la persona como texto pone al analista en dos impasses conceptuales de los cuales parece muy diffcil escapar. Ninguna explicación viable puede ser dada acerca de cómo puede ocurrir una inferencia válida de una manifestación externa hacia la región interna de la intención o motivo; y hay pocas maneras de demostrar cómo los textos pueden resistir ser absorbidos por las estructuras de entendimiento previas del lector. Por tanto, la metáfora de la persona como texto favorece la conclusión de que la comunicación válida, la correcta interpretación y la intimidad genuina, están más allá del alcance humano. Un bosquejo preliminar está provisto de una manera alternativa de entender el proceso interpretativo. Esta explicación relacional ve al proceso interpretativo no como el acto del individuo aislado que intenta localizar la región interna de la otra persona, sino como el proceso de mutua colaboración. La metáfora de la danza o del juego reemplaza a la metáfora del texto. Las preguntas sobre la validez son reemplazadas por interrogantes acerca de las formas de relación dentro de las cuales se dan nuestras expresiones verbales (entre otras), y sobre sus implicaciones y alternativas.

- Betti, E., (1980) "Hermeneutics as the general methodology of the Geisteswissenschaften". Traducida en J. Bleicher, Contemporary hermeneutics. London: Routledge & Kegan Paul, 1962.
- Bleichet, J., Contemporary hermeneutics, London: Routledge & Kegan Paul, 1980.
- Collingwood, R. G., The Idea of History. Oxford: Clarendon Press, 1946.
- Cronen, V., Pearce, W. B., y Tomm, K. "A Dialectical View of Personal Change", en K. J. Gergen and K. E. Davis (eds.), *The Social Construction of the Person*. New York: Springer-Verlag, 1985.
- Fish, S., Is there a Text in this Class? Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1980. Gadamer, H. G., *Philosophical Hermeneutics*. Traducida por D. E. Linge. Berkeley: University of California Press, 1976.
- Gergen, K. J., Toward Transformation in Social Knowledge. New York: Springer-Verlag, 1982.
- "Social Psychology and the Phoenix of Unreality", en S. Koch y D. Leary (eds.), A Century of Psychology as a Science. New York: McGraw Hill, 1985.
- "Metaphors of the Social World", en D. Leary (ed.), *Metaphors in the History of Psychology*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.
- Realidades y relaciones. Barcelona: edit. Paidós, 1994.
- y Gergen, M. M., "Narrative Form and the Construction of Psychological Science", en T. R. Sarbin (ed.), *Narrative Psychology: The Storied Nature of Human Conduct.* New York: Praeger, 1986.
- Habermas, J., "Toward a Theory of Communicative Competence. Inquiry, 1970, 13, pp. 360-375.
- Communication and the Evolution of Society. Boston: Beacon Press, 1979.
- Heelas, P. y Lock, A., Indigenous Psychologies. London: Academic, 1981.
- Hirsch, E. D., Validity in Interpretation. New Haven, Conn.: Yale University Press, 1967.
- Kessen, W., "The American Child and other Cultural Conventions", en *American Psychologist*, 1979, 56, pp. 815-821.
- Meehl, P. J., Clinical vs. Statistical Prediction. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1954.
- Palmer, R. E., Hermeneutics. Evanston, Ill.: Northwestern University Press, 1969.
- Peters, R. S., The Concept of Motivation. London: Routledge and Kegan Paul, 1958.
- Ricoeur, P., Interpretation Theory: Discourse and the Surplus of Meaning. Fort Worth: The Texas Christian University Press, 1976.
- Ryle, G., The Concept of Mind. London: Hutchinson, 1949.

capítulo 8

Sass, L. A. y Woolfolk, R., "Psychoanalysis and the Hermeneutic Turn", en Journal of the American Psychoanalytic Association, 1988.

Shweder, R. A. y Bourne, E., "Does the Concept of the Person Vary Crossculturally?", en A. J. Marsella and G. White (eds.), *Cultural Conceptions of Mental Health and Therapy*. Boston: Reidel, 1982.

Spence, D. P., Narrative Truth and Historical Truth. New York: W. W. Norton, 1982.
Suleiman, S. R. y Crosman, I., The Reader in the Text. Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1980.

Taylor, C., The Explanation of Behavior, London: Routledge and Kegan Paul, 1964.
"Interpretation and the Sciences of Man", en The Review of Metaphysics, 1971, 25, No. 1.

Construccionismo social, narratividad y simetría

Agnés Vayreda. Universitat Oberta de Catalunya Francisco Javier Tirado. Universitat Autònoma de Barcelona Miguel Domènech. Universitat Autònoma de Barcelona

Desde hace ya bastante tiempo, el cuestionamiento del lenguaje en su concepción más tradicional es un lugar común en los textos psicológicos de orientación crítica. Se entiende, pues, que en las narrativas socioconstruccionistas, que suponen una de las vanguardias críticas más productivas, sea también usual encontrar referencias a la necesidad de tal cuestionamiento. Uno de los conceptos más recurrentes sobre los que se articula tal cuestionamiento es la noción de "giro". Podemos encontrar referencias al giro lingüístico, al giro discursivo, al giro narrativo, al giro semiótico, al giro hermenéutico o, también, al giro retórico.

Todos y cada uno de estos giros asumen como punto de partida una superación de la visón tradicional de la naturaleza y función del lenguaje: es decir, una superación de lo que se ha dado en llamar perspectiva representacionista. Ésta se asienta en dos supuestos básicos. Por un lado, que el lenguaje es transparente respecto a su contenido y, por otro, que su función básica es la de servir como vehículo de expresión de las personas. En consonancia con ello, se supone que el mundo que nos rodea, e incluso nuestro mundo interior, es anterior a nuestros discursos sobre él, a la vez que independiente de nuestras expresiones para nombrarlo. En ese mismo orden de creencias, parecería que usamos el lenguaje cuando queremos comunicar o poner a disposición de los demás nuestros pensamientos y nuestras descripciones sobre el mundo. Desde esta asunción, se privilegia claramente la función representativa del lenguaje, ignorando su posible perspectiva pragmática. Dicho de otra manera, el